



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.**

“La Virgen María en el Misterio de la Redención”

**S.M.I. Catedral de La Habana
18 de marzo de 2011.**

Segunda Catequesis “María en el Misterio de la Encarnación”

I. María en el Misterio de la Encarnación.

El culto a la Madre de Jesús en la Iglesia data de sus orígenes. Antes que los primeros concilios hablaran del papel de la Virgen en el Plan de Salvación, ya el pueblo cristiano, con sus pastores a la cabeza, rendía un culto especial a la Virgen María.

Ese culto tenía su origen en la celebración ritual de la Historia de la Salvación, cuyo centro es el misterio de Cristo, Hijo de Dios que se encarnó en una mujer, murió y resucitó para salvar al hombre. El cristianismo naciente miraba en primer lugar a la promesa que había sido presentada en el Antiguo Testamento de un Salvador que sería acogido por la hija de Sión.



Luego, lo que aparece inmediatamente después de la promesa, en la celebración cristiana, es el misterio de la encarnación. En la Encarnación del Verbo (recordemos el Prólogo del evangelio de San Juan: “*el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*”), que es una de las más grandes intervenciones salvíficas de Dios en la historia humana, ocupa necesariamente un primer plano la figura de María de Nazareth. Jesús no “apareció” en un lugar, sin lazos familiares o sociales como aquel sacerdote Melquisedec. San Pablo nos dice que “*llegado el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer*”. Por eso

desde los comienzos del cristianismo los Padres de la Iglesia estuvieron plenamente conscientes de que la Virgen no puede permanecer escondida sin riesgo de comprometer la integridad misma del misterio de Cristo. La recordación celebrativa del acontecimiento Cristo implica la memoria de María, la Virgen Madre del Salvador.

II: El misterio de la Encarnación en el culto cristiano.

Veamos ahora en una especie de “excursus” cómo es el culto cristiano tal como lo conserva viva nuestra madre la Iglesia Católica. La liturgia cristiana es, por su naturaleza, una recordación (anámnesis). El culto judío también lo es y celebraba la Pascua judía relatando

los episodios de la liberación de Egipto. Lo hacían en el banquete de la noche de Pascua, comiendo el cordero como lo habían comido los antepasados en la noche que huyeron de Egipto. Los cristianos llamaron pronto a esa celebración, la “sombra” de la Pascua y llamaron la “verdadera pascua” a la que la primitiva Iglesia celebraba. Lo hacía con el mismo esquema del culto judío. El culto cristiano se celebra “contando”, en el ámbito de un banquete ritual (la Misa), los episodios de la liberación de la esclavitud del pecado y del mal a toda criatura humana, que fue realizada por Jesús al inmolarse en la cruz como nuevo cordero pascual. Se relata así su paso al Padre a través de la muerte. Toda celebración litúrgica cristiana, toda Eucaristía se refiere al misterio pascual de Cristo; su muerte y resurrección que incluyen como elemento también esencial la encarnación.

La primitiva iglesia tuvo una vivísima conciencia de la importancia decisiva del misterio de la encarnación en la historia de la salvación. Para ella María está en el corazón del misterio:

1. Como garantía de la humanidad real de Cristo (“nacido de mujer”, Gal 4,4), condición esencial para que la salvación no sea una falsa ilusión.
2. Como garantía también de la divinidad de Cristo; ya que el niño que nació de ella no es hijo de la carne y de la sangre, sino fruto del Espíritu Santo y “fruto de la Virgen” (San Clemente), y por tanto “Hijo de Dios” (Lc 1, 35). En la época había un postulado teológico que decía “Dios puede nacer sólo de una virgen; sólo una Virgen puede engendrar a Dios”.
3. María como garantía de que Jesús es el Mesías. En la profecía de Natán el Mesías será descendiente de David. Para los primeros Padres de la Iglesia María, a través de su desposorio con José, que es él de la familia de David, asegura la descendencia legal de Cristo, que es lo fundamental para el pueblo hebreo (Mt, 21); San Justino dice que también por parte de su Madre María, Jesús es descendiente de David, pues María es de la tribu de David.

Por esto, es importante la garantía de María en el misterio fontal del cristianismo: si Jesús no es el Hijo de Dios hecho hombre, la cruz y la resurrección serían falsos misterios. Y por eso en todas las anáforas de la misa, desde los inicios de la Iglesia hasta nuestros días se menciona, se recuerda a la Virgen María: en la anáfora II se reza diciendo “*Ten misericordia de todos nosotros y así, con María, la Virgen Madre de Dios, los apóstoles...*” y en el Canon Romano: “*Reunidos en comunión con toda la iglesia, veneramos ante todo, la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, la de su esposo, San José...*”

III. La encarnación da origen a los títulos especiales de María.

1. La Virgen.

Ya hacia finales del siglo III el término VIRGEN, usado con referencia al misterio de la encarnación aparecía en todos los textos culturales y teológicos. Decir la Virgen era ya decir María.

Esto quiere decir que, desde los inicios, los Padres de la Iglesia ven que cuanto más arraigada está María en el proyecto salvífico de Dios, tanto más sagrada aparece. Y esto significa que la Virgen no representa una elección ocasional en el plan de Dios, sino que constituye un elemento esencial en el designio de salvación.

Para la iglesia primitiva, como para la iglesia de todos los tiempos, el motivo supremo de veneración a María es su maternidad divina, el hecho de ser ella la madre del Señor.

2. La maternidad divina, María Madre de Dios.

Es el otro título que desde los inicios los cristianos dieron a María. Este título se origina en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios.

Veamos la maternidad divina en Pablo en su carta a los Gálatas:

Los fundamentos bíblicos del título de Madre de Dios los encontramos en los textos del Nuevo Testamento que afirman conjuntamente la maternidad de María y la divinidad del Hijo que en ella toma carne.

a). La divinidad de Cristo en Gálatas.

Pablo en su carta a los Gálatas (Gal 4, 4-6) escribe: *“Mas cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibieran la adopción de hijos”*.

En el texto de Pablo aparece la divinidad de Cristo. Dios Padre envía (da, manda) a su Hijo. Esto implica que el Hijo, enviado por Dios es preexistente como “Hijo del Padre” (estaba con el Padre antes que lo enviara). El Hijo de Dios no comienza a existir con la encarnación en sentido absoluto; es un comienzo relativo. Existía desde siempre junto al Padre y pasa a otra forma de existencia tomando carne en el seno de María Virgen.

Jesús de Nazareth no es sólo un hombre especialmente querido por Dios, como hijo predilecto: es Dios verdaderamente y propiamente. Por El nosotros nos podemos convertir en hijos de Dios, podemos invocar a Dios llamándolo Padre.

b). En el texto de Pablo aparece la maternidad de María.

Para venir a este mundo, escogió Dios una mujer, la mediación de una mujer, quiso tener una madre como todos nosotros. El será el Hijo de Dios y también el hijo de María. La veracidad de la encarnación está garantizada por la expresión “nacido de mujer”.

3. La Maternidad divina en San Mateo.

Mateo 1, 18-25: *“La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto. Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. Todo esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del Señor por medio del profeta:*

Miren, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: “Dios con nosotros”. Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús”.

a) Vamos a ver cómo en este texto aparecen frases que denotan el carácter divino del niño concebido por María:

“porque él salvará a su pueblo” (v 2).

La expresión su pueblo es muy fuerte. En el Antiguo Testamento se refiere únicamente a Dios que había escogido a Israel como “su pueblo”. El Nuevo Testamento hereda el

lenguaje del Antiguo y al aplicarlo a Jesús lo trata como a Dios, pero que se adquiere un pueblo nuevo. En los tiempos nuevos que Cristo inaugura la expresión “su pueblo” significa que el pueblo pertenece al Padre y a Cristo. Luego Cristo es Dios como el Padre.

“de sus pecados”.

También estas palabras son una profesión indirecta de la divinidad de Cristo. En una ocasión en que Cristo dijo al paralítico: “*tus pecados te son perdonados*”, algunos escribas empezaron a decir: “*Este blasfema, ¿quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?*”. Así pensaban todos los hebreos y Mateo afirma que Jesús “*salvará a su pueblo de sus pecados*”.

b). La maternidad de María.

“Emmanuel... Dios con nosotros”.

Para Mateo no hay duda que el que ha de nacer de María es de naturaleza divina, es un ser único, es verdaderamente Dios. Cuando Mateo escribe su evangelio ya él vio a Cristo resucitado, ya él sabe que el Emmanuel es Dios y así lo escribe en su Evangelio. Luego María es la madre de Dios.

4. La maternidad divina en San Lucas.

En Lucas 1 María es saludada como madre del Hijo de Dios. Los textos de Lucas donde se muestra la divinidad de Jesús se suceden en el relato de la anunciación.

“*Será grande*” → el adjetivo “grande” se reserva sólo para Dios en el Antiguo Testamento.

“*Hijo del Altísimo*” → de por sí indica la filiación divina.

“*Santo e Hijo de Dios*” → como consecuencia de la acción del Espíritu Santo en el seno de la Virgen.

Todo en Lucas 1 habla de la divinidad de Cristo y por tanto de la maternidad divina de María. Además todo el relato de la anunciación es un diálogo con María, la madre de Jesús. La maternidad divina, el misterio de la Virgen Madre es el más antiguo concerniente a la persona y a la función de María en la historia de la salvación y en la Iglesia. Es el misterio de la Theotókos que es puesto en lugar primordial en la fe de los ortodoxos cristianos de Oriente.

Madre de Dios es el título más saliente de María y proviene del misterio de la encarnación en su seno del Hijo de Dios.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original